

CRISIS DE LA ANTROPOLOGÍA Y ANTROPOLOGIA DE LA CRISIS: LA PERSPECTIVA MEXICANA

**Andrés Medina,
Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM**

Desde hace ya varios lustros se ha venido hablando de la crisis de la antropología, de la exigencia de su transformación ante el desvanecimiento de su objeto de estudio: el hombre primitivo y su cultura. Esta reacción ha sido provocada fundamentalmente por el espectacular movimiento de descolonización que se desencadena como una de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y que afecta en primer término a las viejas metrópolis que tenían considerables dominios en África, Asia y Oceanía. Vista más de cerca esta situación, lo que aparece es una profunda crisis del eurocentrismo, de una concepción que desde hace siglos ha hecho del resto del mundo la tierra de los bárbaros y los primitivos y que el desarrollo científico decimonónico convierte en el campo de reflexión propio de la antropología; el evolucionismo justificaba esta especialización reconociendo en el vasto mundo de lo primitivo las etapas tempranas de un desarrollo histórico que inexorablemente conducía a las condiciones de los países en la vanguardia del desarrollo capitalista. Había pues un problema histórico: descubrir las leyes del desarrollo histórico a partir de la comparación de la rica gama social y cultural que no era otra cosa que una gigantesca muestra de la evolución humana; la tarea a realizar era un minucioso y paciente trabajo de comparación que permitiera construir secuencias regionales y locales. La cuestión era, más que un espléndido rompecabezas para armar, un trabajo arqueológico que nos condujera a los estratos más profundos de la mente humana; así la obsesión, por mucho tiempo, era encontrar al grupo viviente de mayor primitivismo o aquel que no hubiera sido contaminado por el Occidente “civilizado”; así, se hicieron expediciones temerarias al corazón de Nueva Guinea y a otros sitios inexplorados. Tal es el espíritu que anima también a Levi-Strauss, uno de los grandes antropólogos de nuestro siglo, en su largo y azaroso viaje por la selva amazónica, como lo declara en *Tristes trópicos*, un texto ahora clásico que conjuga antropología, filosofía y poesía.

Pero si las enormes y antiguas estructuras del colonialismo europeo comenzaba a crujir y a desmoronarse, en un proceso que por cierto todavía ahora se continúa y encuentra poderosa y atávicas resistencias, como las exhibe el régimen racista de Sudáfrica ante la independencia de Namibia, quien atiza y contribuye con el fin de asumir el control de los vastos dominios coloniales, ahora con un nuevo proyecto, es el gobierno de los Estados Unidos, triunfador indiscutible de la contienda bélica mundial.

Como lo refiere Eric Wolf en un breve y agudo texto que hace un recuento de la antropología norteamericana precisamente en la coyuntura de la posguerra, la transformación tenida va del

romanticismo de un pequeño grupo de antropólogos reducidos a algunos museos y unas cuantas universidades a la diversificación teórica y una concepción pragmática acorde con las tareas que la nueva etapa de expansión imperial imponía. El número de profesionistas crece exponencialmente en la década de los años cuarenta, así como se amplía el de las universidades que preparan antropólogos y se define una nueva área, la de la antropología aplicada, integrada por una asociación civil y por una revista (La Society for Applied Anthropology y su revista, *Human Organization*). Los antropólogos norteamericanos tienen una activa participación en la redacción de la Declaración universal de los Derechos humanos, que auspicia la naciente Organización de las Naciones Unidas (ONU), y se define una concepción teórica relativista característica de la antropología mejor conocida como culturalista. Pero no sólo participan los antropólogos en las grandes declaraciones del espíritu humano, también tienen su lugar en las labores de construcción de la nueva armazón colonial. Otro antropólogo norteamericano, Robert A. Manners, habría de denunciar que en el proyecto dedicado a la América Latina por el gobierno de Harry S. Truman, mejor conocido como Punto IV, incorporaba a las actividades coloniales a un número de antropólogos en una escala nunca conocida antes. El punto culminante de este involucramiento en los programas de expansión y dominio se alcanza con la guerra de Vietnam, cuando se genera un enorme movimiento pacifista y se denuncia a los científicos comprometidos en las acciones militares y de inteligencia, entre los que se cuentan tanto profesionistas como departamentos universitarios dedicados a la antropología.

Para la América Latina la denuncia de maridaje entre antropología y programas de inteligencia, que para la época de los años sesenta eran de abierta contrainsurgencia dado el clima creado por los movimientos guerrilleros que había en varios países, tiene también un capítulo notable. Para 1965 es revelada la existencia del Plan Camelot, respaldado por el ejército y el Departamento de Estado de los Estados Unidos con el fin de desarrollar un programa de contrainsurgencia en aquellos puntos neurálgicos con un potencial revolucionario. Considerando la ventaja que nos da la perspectiva histórica, hay que reconocer que el plan no estaba desencaminado, pues se había elegido como primer país para la investigación a Chile, precisamente cuando se gestaba el movimiento de la Unidad Popular que llevaría a Salvador Allende a la presidencia de la república. Sin embargo, numerosos científicos que trabajaban por esa época en varias universidades y proyectos denunciaron el plan, encabezado por el antropólogo Hugo Nutini de la Universidad de Pittsburg, y pronto se descubrieron otros semejantes en otros países del continente.

Uno de los últimos capítulos en esta crítica a la antropología lo representa el documento firmado por un grupo de antropólogos reunidos en Barbados en enero de 1971, quienes denuncian la acción etnocida desarrollada por los gobiernos del continente, por las diferentes iglesias y por los antropólogos contra los pueblos indios, y en particular con los más indefensos de ellos, los de la selva amazónica. La Declaración de Barbados, como es conocido el mencionado documento, impacta profundamente a un sector de antropólogos y a dirigentes de diversos movimientos indios,

no así a gobiernos y organizaciones eclesiásticas, y genera diversas tendencias teóricas y políticas que configuran la situación actual de la antropología y el indigenismo en el continente.

¿Dónde se ubica la antropología mexicana en el vasto paisaje de la situación mundial? En primer lugar, el no ser una potencia colonial, sino por el contrario estar en la periferia del desarrollo capitalista, otorga características distintivas a la antropología en México; pero digamos de entrada que de todos modos no es ajena a la crisis general. En segundo lugar, la antigüedad de la antropología mexicana le ha permitido generar sus propias temáticas, problemas y metodologías; sobre todo desde sus mismos orígenes ha establecido un estrecho y poderoso vínculo con el nacionalismo, que la hace particularmente sensible a las tormentas de la política nacional.

En tercer lugar, es precisamente de la confluencia entre las concepciones teóricas procedentes de las potencias coloniales y las tendencias nacionales, las cuales poseen un poderoso aliento latinoamericano, que se crean las condiciones para reconocer la crisis actual de la antropología mexicana. Descubrir esta situación, en términos necesariamente generales, es el objetivo de las páginas que siguen.

1. Antropología e identidad nacional en México

A diferencia de los antropólogos europeos y norteamericanos que buscan y estudian a los "primitivos" fuera de sus fronteras nacionales, como tendencia dominante en sus concepciones teóricas, para los antropólogos mexicanos ha sido la historia y la cultura de los indios mexicanos el centro de su reflexión teórica, sólo que la cuestión tiene implicaciones históricas e ideológicas que afectan a los propios antropólogos. Es decir, la reflexión sobre el significado de la población india para la historia y la cultura nacionales constituye un tema de enorme transcendencia histórica y política, y de hecho esto no es una mera suposición. En el proceso por el cual se ha definido la ideología nacionalista la discusión etnológica ha jugado un papel central. La idea de encontrar en lo indio la especificidad de la cultura mexicana, que aflora estrepitosamente con la Revolución de 1910, es una antigua preocupación que se encuentra en las más remotas disquisiciones sobre la nacionalidad mexicana.

El pasado indio prehispánico como parte de la historia nacional es una concepción que se encuentra ya en los criollos mexicanos del siglo XVII, como la mostrarían de diferentes maneras tanto Sor Juana Inés de la Cruz como don Carlos de Sigüenza y Góngora; aunque su expresión más acabada es la que representa la obra de los jesuitas expulsados por Carlos III, en especial la *Historia de México* de Francisco Javier Clavijero. Esta idea tiene detrás de sí una febril investigación centrada en los viejos documentos pictográficos, en los numerosos escritos inéditos de indios y españoles sobre la historia antigua de las sociedades indias y en la interpretación de los abundantes testimonios arqueológicos.

De esta manera, la conservación y estudio de los antiguos documentos de la historia de los indios, las interpretaciones históricas sobre las evidencias materiales de las civilizaciones americanas

encontradas en el país y la búsqueda misma de nuevos datos han sido parte importante del proceso de construcción de una identidad nacional, preocupaciones que, como lo asentamos antes, ocupaban a los criollos nacionalistas en el periodo colonial y que habrían de continuarse en el país políticamente independiente.

A esta tradición científica nacionalista habría de agregarse la discusión sobre el lugar de la población india en los proyectos nacionales de liberales y conservadores; para el siglo pasado esta es una discusión estrictamente política y sólo adquiriría un matiz científico, todavía sin nexo con la ideología estatal, para fines del mismo, cuando se inician las investigaciones etnográficas desde el Museo Nacional, ya en la amplia fronda de la dictadura porfirista.

La ideología racista de los criollos mexicanos es en transfondo ideológico que lleva a liberales y conservadores a considerar la situación de la población india en el siglo pasado como un obstáculo para la construcción de la moderna nación que se ambicionaba, es de entonces que data el llamado "problema indígena". La propuesta estatal a dicho problema es lo que se conocería posteriormente como la política indigenista, aunque para los políticos decimonónicos las alternativas eran otras, más bien pragmáticas: el "blanqueamiento" a través de una política de colonización que atrajera a campesinos europeos o el sometimiento violento por la fuerza de las armas. No es accidental que los mayores levantamientos indios y las respectivas represiones masivas sean una característica notable del siglo XIX mexicano, tanto la guerra del Yaqui como la Guerra de Castas en Chiapas y Yucatán constituyen excelentes botones de muestra. Es decir, la alternativa real era sólo una: el etnocidio.

La Revolución Mexicana destruye finalmente el viejo sueño criollo y europeizante que niega el papel protagónico del indio en la historia y en la cultura nacionales, y reconoce en esta herencia el meollo de la nacionalidad mexicana; los intelectuales nacionalistas de los años veinte se dan a la tarea de reinterpretar la realidad nacional a partir de este ingrediente étnico; o sea que el nacionalismo mexicano incorpora a la cultura india como un elemento constitutivo de importancia fundamental. Sin embargo, estamos todavía muy lejos del reconocimiento del pluralismo cultural, es sencillamente la aceptación de lo indio como parte de la cultura y de la historia nacionales. Y entonces se asume como un supuesto implícito que todo campesino tiene una identidad india; esto se advierte en las exposiciones y en las discusiones sobre el arte popular, en las cuales los matices étnicos tienen un lugar secundario, cuando aparecen.

En este magnífico florecimiento nacionalista la antropología se hace de un espacio en que destaca no sólo la originalidad de algunas proposiciones, como la ampliamente conocida de Manuel Gamio, sino básicamente su inserción en las tareas de construcción nacional, lo que habría de cristalizar en el programa indigenista del presidente Cárdenas, en que se conjuga institucionalmente la formación profesional, la investigación científica y los programas de gobierno dirigidos a la población indígena; también se crea un vínculo creativo entre la definición de lo que constituye el patrimonio histórico y las acciones dirigidas a su estudio, protección y difusión, en las que la antropología tiene un papel central.

Para el periodo conocido como el del desarrollo estabilizador, la antropología diversifica sus áreas de acción y una de las más cercanas a los programas de gobierno es la vinculada al proyecto de construcción de una amplia infraestructura. En particular los antropólogos trabajan en los proyectos por los que se crean los grandes sistemas hidroeléctricos; en la mayor parte de estos proyectos había poblaciones indias afectadas a las que había que desplazar; y desde luego había que convencerlas de los posibles beneficios que recibirían al instalarse en los nuevos asentamientos que se les había designado. Si bien es cierto que tales proyectos fueron exitosos en sus consecuencias técnicas y económicas, en lo humano resultaron un desastre, a tal grado que para algunos antropólogos han sido francamente etnocidas. La política seguida por el Instituto Nacional Indigenista no haría sino reforzar la estrategia de apoyo al desarrollo capitalista, además de alimentar con su discurso las líneas populistas del nacionalismo estatal.

La relación entre la antropología y el estado mexicano alcanza su mayor compenetración y logra sus más espectaculares frutos bajo el gobierno de Adolfo López Mateos, cuando se realiza un enorme proyecto para convertir a Teotihuacan en una zona turísticamente atractiva, y se construye el espléndido Museo Nacional de Antropología con una moderna y audaz arquitectura, así como con una museografía que glorifica el componente indio de la cultura mexicana, sobre todo el de la época prehispánica. Con esto se amplía enormemente el espacio para la investigación antropológica en el país, y se expresa con bastante elocuencia la riqueza y complejidad de la articulación entre la antropología mexicana y la concepción nacionalista del estado mexicano.

Hay desde luego otras tendencias teóricas y temáticas en la antropología nacional; se perfilan los estudios regionales, es decir se profundiza en las investigaciones en algunas regiones del país y se crea un importante acervo informativo. La etnología y la arqueología se consolidan como espacios de reflexión teórica y de enriquecimiento de la metodología de la investigación. No obstante el surgimiento de nuevos temas, como la investigación urbana, y de otras concepciones, la teoría dominante se define por la antropología más cercanamente ligada a las tareas gubernamentales.

La profunda crisis política que afecta al estado mexicano, expresada durante el movimiento de 1968, arrastra a aquella antropología ligada a las tareas del nacionalismo y se genera un profundo rechazo, sobre todo por parte de la comunidad escolar, que abarca teorías, métodos, problemas e incluso docentes. Se abre entonces un periodo de búsqueda que no parece detenerse en proposición alguna y se produce una atomización creciente que acentúa la diversidad.

Un índice de la situación crítica es la completa disparidad de los planes de estudio vigente en las escuelas de antropología del país; no existen criterios explícitos que definan el perfil del antropólogo profesional que se quiere formar, ni mucho menos se plantea el carácter del vínculo con la investigación antropológica y con aquellas instituciones que son los potenciales contratados de los egresados.

2. Crisis política y cambio de paradigma

Si bien es cierto que el desarrollo de la antropología en México ha estado muy relacionado con las vicisitudes del nacionalismo estatal, ha existido también un espacio con una relativa autonomía, así como con su propia dinámica. Esta distinción no ha sido reconocida por la mayor parte de quienes se han ocupado de la historia de la antropología mexicana y la tendencia dominante ha sido la de suponer una relación directa y mecánica. El nexo íntimo entre el estado y la investigación antropológica es revela por las fluctuaciones que el primero ha inducido en la segunda, evidentes en hechos como la notoria actividad en la investigación y la diversidad temática que se advierte con el movimiento revolucionario y el establecimiento del nuevo régimen, lo mismo encontramos en el nacionalismo revolucionario del periodo cardenista o en la euforia nacionalista del lopezmateísmo. En cada una de estas coyunturas ha aumentado el presupuesto, se apoya la investigación y se realizan acciones notorias y de trascendencia en el medio científico. Ello, sin embargo, no ha implicado un cambio en las concepciones teóricas fundamentales, en aquel fenómeno que los historiadores de la ciencia han llamado los paradigmas, es decir proposiciones generales que orientan la investigación y la metodología de una comunidad científica.

Aquí trataremos de plantear, en forma todavía muy general, que la crisis actual de la antropología mexicana conjuga aspectos estrictamente científicos con los políticos; y con respecto a los primeros, postulamos la vigencia de dos paradigmas en el desarrollo de la antropología mexicana: uno inicial que abarcaría de 1877 a 1942, el que denominaremos "positivista"; el segundo sería el "culturalista", el cual cubre de 1942 a 1970. La caracterización de la situación actual desde el punto de vista paradigmático es algo que comentaremos al final, en la parte conclusiva.

Aun cuando es posible reconocer antecedentes en la reflexión antropológica que nos remitan no ya a los cronistas del periodo colonial, cuando los aficionados a la "precuritis" han encontrado a paleoantropólogos, sino incluso al periodo precolombino, nos parece que la primera comunidad científica dedicada a la investigación y a la docencia antropológicas se organiza en el antiguo museo Nacional en 1877; aparte de las medidas administrativas que se introducen en ese entonces, el hecho sintomático es la aparición de los *Anales del Museo*, una publicación que expresará tanto en su contenido como en su periodicidad los rasgos particulares a esta etapa de la historia de la antropología. No es circunstancial que la fecha de su origen corresponda al surgimiento del estado oligárquico y al impulso decidido y definitivo que adquiere el desarrollo capitalista en su modalidad periférica; de hecho, el régimen porfirista va a mostrar un abierto interés por apoyar las actividades de los investigadores del Museo Nacional.

El apoyo a la investigación científica nos e centra exclusivamente en la antropología; como es de suponerse, constituye parte de un programa amplio que abarca a diferentes sectores del conocimiento. Una muestra de tal desarrollo es el surgimiento de varias sociedades científicas, entre las que destaca por su importancia la Sociedad Científica Antonio Alzate, fundada en 1884. El marco teórico compartido por todas las ciencias de la época era el del positivismo, y su nutrimento básico procedía de los autores dominantes en la ciencia europea y norteamericana,

sobre todo en la primera, de donde vienen también las influencias de la literatura, las artes plásticas y las modas.

Al momento de aparecer los *Anales del Museo* se habían creado dos nuevas secciones, la de antropología y etnología, que se incorporaban a los ya existentes departamentos de historia, arqueología, e historia natural. La revista publicaba, por lo tanto, lo mismo cuestiones relacionadas con la antropología como con las ciencias naturales. Por esta misma época se inician las expediciones arqueológicas y la participación en diferentes reuniones académicas de carácter internacional. “El Museo Nacional participó en eventos académicos como la Exposición Histórica celebrada en Madrid en 1892, en ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, constituyéndose en el centro de trabajo de la Junta Colombiana encargada de recolectar objetos y preparar exposiciones para llevarlas a España. Con tal propósito, se hicieron expediciones arqueológicas y etnográficas en diversos estados de la República” (Suárez Cortés, B. E. 1987:25). El apoyo creciente otorgado por don Juan Sierra pronto convierte al Museo en un importante centro de investigación y docencia; así, para 1903 “ya se impartían clases de antropología y etnología, y posteriormente, se impartieron cursos de arqueología, historia e idioma mexicano. La institución becaba estudiantes a quienes exigía presentar anualmente trabajos escritos, sobre puntos concretos de cada una de las materias impartidas, y realizaba expediciones científicas a distintos lugares de la República Mexicana” (obra citada: 26).

En este espacio institucional aparece la figura de don Nicolás León, científico de interés amplios y que realiza notables investigaciones de campo etnográficas y lingüísticas, así como también desarrolla la investigación histórica e imparte diferentes cátedras. Para 1909 se separa el área de las ciencias naturales al crearse el Museo Nacional de Historia Natural y ampliarse el de Arqueología, Historia y Etnología. Alumno distinguido de esta comunidad es don Manuel Gamio, quien habría de desarrollar una obra original de norme trascendencia para el desarrollo de la ciencia, particularmente por orientar su actividad hacia la solución de los problemas más agudos que presentaba la población mexicana y por abrir a la investigación cuestiones estrechamente ligadas al nacionalismo radical que emergía en el marco histórico de la Revolución Mexicana. Su contribución metodológica y política es ampliamente reconocida, al grado de señalarse como el fundador de la moderna antropología mexicana. A la comunidad científica del Museo pertenecen otros notables científicos de la época, entre ellos podemos mencionar a don Andrés Molina Enríquez, ideólogo de la política agraria del nuevo régimen, maestro de etnología. Para los años veinte la actividad continúa. Así, aparece la obra de gran importancia de Eduardo Noguera y Enrique Juan Palacios en arqueología y la Miguel Othón de Mendizábal en historia, etnología y lingüística. En los años treinta se incorporan figuras centrales al desarrollo posterior como don Wigberto Jiménez Moreno y don Alfonso Caso. En fin, mucho es lo que hay que investigar todavía para respaldar el conocimiento de esta etapa germinal de la antropología mexicana en su lado estrictamente académico. El mayor desarrollo a que se llega con este paradigma sucede en el sexenio de Lázaro Cárdenas, cuando se crea una amplia infraestructura institucional que será

definitiva para su consolidación y su mayor crecimiento en años posteriores. El final se sitúa en la transición política entre el cardenismo y los regímenes que se inician en los años cuarenta, puede sugerirse la creación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en 1942, como parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia, o bien la muerte de Miguel Othón de Mendizábal, acaecida en 1946; incluso el análisis minucioso de los *Anales* puede indicar elementos básicos para apuntar el fin de un paradigma, el que hemos llamado positivista, y el principio de otro.

La orientación y la fundación teórica del nuevo paradigma se expresa claramente en el plan de estudios de la ENAH con el que inicia sus actividades en 1942; en él reconocemos la influencia definitiva de la antropología norteamericana de orientación culturalista. Por esa época se abre una etapa más de la expansión norteamericana hacia América Latina, esta vez en el marco de la Segunda Guerra Mundial y en los ambiciosos programas de posguerra que la llevan a ocupar los espacios dejados por las agotadas y desgastadas potencias europeas en el control mundial. En el caso particular de México, y en referencia a las investigaciones antropológicas propiamente dichas, por este tiempo se inician varios proyectos regionales auspiciados por diferentes instituciones norteamericanas, así, la Universidad de California realiza una amplia investigación en la región purépecha de Michoacán. En ella participan destacados antropólogos como son Ralph L. Velas, George M. Foster y otros, a los que se incorporan estudiantes mexicanos como Pedro Carrasco y Corona Núñez. En el Tajín trabajarían Isabel Nelly y Ángel Palerm; en Chiapas, Sol Tax encabeza otro proyecto de la Universidad de Chicago, en el que participan de diferentes maneras Robert Redfield y Alfonso Villa Rojas, Calixta Guiteras, Ricardo pozas, todavía estudiante, y otros estudiosos mexicanos. La Smithsonian Institución of Washington, la Carnegie Institución, y otras más, amplían también sus proyectos. Ellos incluyen no sólo investigaciones en el campo y la incorporación de estudiantes mexicanos, sino programas de becas y de enseñanza en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Otro aspecto fundamental que respalda el establecimiento del nuevo paradigma es la amplia difusión de libros de texto traducidos del inglés y publicados por el naciente Fondo de Cultura Económica; aparecen entonces el *Estudio del Hombre* de Ralph Linton, la *Antropología General* de Alfred L. Kroeber, la *Antropología Cultural* de Roberth H. Lowie, *Nuestros contemporáneos primitivos* de George Murdock, y otros clásicos de la antropología cultural norteamericana, con lo que los programas de estudio tendrían un sólido y coherente apoyo bibliográfico. Si en la ENAH se sitúa la docencia, en el INAH se desarrollaría la investigación, así como otras actividades ligadas a la conservación y difusión del patrimonio arqueológico e histórico.

La figura política pro excelencia, lo que un historiador llamaría "caudillo cultural", es don Alfonso Caso, arqueólogo e historiador, fundador del INAH y del Instituto Nacional Indigenista, éste último creado en 1948 y al que dirigía hasta 1970, año en que fallece. El autor que mejor representa la nueva concepción teórica, en particular a la práctica indigenista ligada a los programas gubernamentales, es Gonzalo Aguirre Beltrán, que lo mismo aparece como coherentemente

culturalista que con intentos a la luz de la dialéctica, como lo muestra en su libro clásico *El proceso de aculturación*, publicado en 1957.

La impugnación del paradigma culturalista realizado con enorme ímpetu a partir del movimiento popular-estudiantil de 1968 impacta en primer lugar a los programas de la ENAH, y posteriormente a la investigación antropológica, cuando enfoques, autores y temas identificados con el culturalismos son abandonados, rechazados o bien implacablemente criticados.

A partir de 1970 se da un proceso de crecimiento de estudiantes, de investigadores, de proyectos y de espacios laborales, de instituciones, de escuelas, pero no puede decirse que haya una concepción teórica dominante. La diversidad e incoherencia de los planes de estudio encuentra su complemento en la ausencia de libros de texto para las materias generales y en el abandono de lo que anteriormente constituía un tópico medular: la metodología de la investigación antropológica.

Dos grandes tendencias son reconocibles. Por una parte una amplia discusión a partir del marxismo, lo que tiene diferente trascendencia en las especialidades antropológicas: mientras que está en el centro de muchos temas manejados por la antropología social, por ejemplo, apenas si comienza a plantearse en la antropología física y en la arqueología. La otra en la antropología tendencia procede de la teoría sociológica y se expresa en temas relativamente restringidos o que, más bien, son espacio de encuentro de otras ciencias; por ejemplo la antropología económica, la antropología política, la antropología urbana, y otros, parecen participar de planteamientos teóricos no necesariamente globales a la antropología sino más bien a las ciencias sociales, particularmente la sociología.

Lo que parece suceder es el predominio de un cierto paradigma dentro de cada institución, lo que da una indudable riqueza teórica y temática; sin embargo, la cristalización de un paradigma general parece ser una condición básica para la construcción de una tradición científica propia que puede hacer contribuciones fundamentales al conocimiento científico, lo que, como sabemos, es producto de varias generaciones formadas dentro de una tradición particular.

Es posible que el problema de fondo sea precisamente el de tratar de construir una tradición propia, con sus propios temas y cánones, o bien el de articularse a una comunidad internacional cuyos centros generadores de teoría se sitúen en las metrópolis del capitalismo; como parece es la tendencia en las ciencias naturales, en las cuales, dado que los mayores recursos y las más importantes tradiciones científicas se sitúan en los países que poseen un considerable potencial económico y político centrado en la investigación científica, entonces criterios como los de publicar en inglés, en revistas de esa comunidad internacional y a partir de las concepciones teóricas establecidas en dicha comunidad, constituyen la demostración del avance y la calidad de un investigador, o de la ciencia de un país determinado.

Las ciencias sociales en México, así como en otros países de América Latina, han manifestado elocuentemente la desgarrante situación de tendencias científicas que continúan los paradigmas de los centros metropolitanos de la ciencia, con lo cual no hacen sino responder congruentemente a la situación económica y política de un país dependiente; es decir, reproducen la dependencia

también a nivel de la investigación científica; o bien, se representan alternativas radicales que buscan la construcción de una ciencia propia, arraigada en las tradiciones nacional-populares, pero que tiene que luchar con las propias condiciones estructurales dominantes y que provocan un considerable desgaste.

Un punto de reflexión interesante para la antropología mexicana es que aquí se encuentra la comunidad antropológica más grande de América Latina, que incluso una parte de dicha comunidad procede de los diferentes países del continente y que, finalmente, los temas de mayor discusión teórica y política aluden precisamente a características que se presentan en la mayor parte de tales países.

3. Antropología de la crisis

Las investigaciones antropológicas en México han reaccionado a la crisis de diferentes maneras; aquí destacaremos dos de ellas, en las que se observa una respuesta creativa a la situación que la confronta con problemas de carácter teórico y epistemológico, en lo cual ciertamente coincide con la antropología de matriz colonial, aunque con las particularidades que imprime a México su condición dependiente. Anotaremos las respuestas que se dan en términos de una reflexión histórica, considerada más como un esfuerzo por dilucidar el lugar y las tareas que corresponden a nuestra antropología y menos como un mero recuento cronológico, así como los derroteros nuevos que son tomados en un esfuerzo por salir de las temáticas y enfoques tradicionales, es decir característicos de la antropología nacional, y por plantear aquellas cuestiones que son consideradas fundamentales para una nueva práctica. Añadamos a esto que la temática misma donde se replantea, indirectamente la mayor parte de las ocasiones, la nueva concepción remite precisamente a situaciones donde es manifiesto el impacto de la crisis económica y política, tales como los campesinos, los movimientos urbanos y diferentes aspectos relacionados con los trabajadores.

El antecedente general sobre la historia de la antropología lo constituye la obra de Juan Comas, quien escribe numerosos ensayos de carácter histórico y, sobre todo, publica la obra más importante donde se reseña el desarrollo histórico de la antropología indigenista en nuestro siglo: *La antropología social aplicada en México*, que dió a luz el Instituto Indigenista Interamericano en 1964. Esta historia es congruente con el enfoque culturalista que domina en este tiempo a la práctica antropológica nacional y describe el proceso a partir del trabajo pionero de Manuel Gamio, cuyos planteamientos se ven continuar hasta el momento en que se redacta el libro. De hecho se reconocen tres etapas: la que corresponde a la obra de Gamio, que culmina cuando renuncia a la subsecretaría de educación, la que abarca de 1925 a 1940, y la tercera que comienza en la última fecha citada. Es decir, la perspectiva es la de un movimiento que conduce lineal e inexorablemente al planteamiento general que el libro presenta. Sin embargo, tiene también su dosis de duda y de reflexión, puesto que se trata de respaldar la proposición de entender a la política indigenista como

una forma de antropología aplicada, lo que está implicado en el título mismo y argumentado eruditamente en las “Consideraciones previas”.

Una visión más amplia del proceso histórico de la antropología mexicana es la que ofrece José Lameiras en su ensayo “La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo”, aparecido en 1979, ya en la década crítica de la búsqueda y los rechazos. Con un generoso eclecticismo, sin inclinarse por posición teórica alguna, se hace una vastísima enumeración de autores y obras, de instituciones y proyectos, agrupados en cinco etapas: la primera, correspondiente a los antecedentes, describe someramente las contribuciones del periodo colonial; la segunda, “la antropología como ciencia y profesión”, cubre el lapso que va de 1825 a 1920; la tercera remite al periodo 1920-1940, “Primera praxis social de la Antropología”; la cuarta, “Actividad y crisis de la Antropología”, 1940-1968, expresa ya la condición crítica con que se cierra este lapso y aporta datos y opiniones que manifiestan tal situación. La quinta etapa, “Los años recientes”, afirma una situación favorable para las ciencias sociales y para sus profesionales y describe sucintamente el surgimiento de nuevas instituciones de investigación y docencia antropológicas.

Pese a que no se intenta hacer ningún análisis del proceso interno de discusión teórica ni de las cuestiones que preocupan al conjunto de científicos, la amplitud de la información y la diversidad temática que se desprende de las obras mencionadas, dan una buena idea de la complejidad implicada en el desarrollo de la antropología. Por otra parte, los criterios por los que se establece esta periodización no son establecidos, ni se trata de reconocer la trama compleja que enlaza el dato antropológico con su contexto histórico. Con este tratamiento general de la antropología quedaba evidente la magnitud considerable del tema y la urgencia de enfrentar los problemas de su investigación con una dosis amplia de rigor.

Una respuesta directa a las cuestiones debatidas en el marco de la crisis de la antropología fue la compilación de ensayos publicada bajo el título de *La quiebra política de la antropología social en México*, publicado, su primer volumen, en 1983, y en 1986 el segundo. El título, más que una alusión críptica a algún funcionario en desgracia, se refiere al cambio de un paradigma dominante a una diversidad de propuestas, a algo que podemos reconocer como un periodo extraordinario en el desarrollo de la antropología mexicana. El primer volumen de este trabajo presenta diversos ensayos, en los que se debate el paradigma indigenista y se aportan diversos documentos que anunciaban el carácter de las críticas que se sometería la enseñanza y la investigación de la antropología en el país; abarca a la década de los años sesenta. En cambio, el segundo volumen, referido a la década siguiente, ofrece una estupenda muestra de la amplitud temática, de lo enconado de la polémica, y del cuestionamiento de fondo de la antropología misma; los ensayos reunidos, dispersos en una amplia gama de revistas, no fácilmente accesibles algunas de ellas, exhiben con elocuencia la búsqueda desesperada y la crítica implacable.

Sin embargo, todos los intentos históricos reseñados se convierten en meros escauceos o intentos preliminares ante el enorme esfuerzo y la amplia concepción que están involucrados en los quince volúmenes de la obra, planeada y coordinada por Carlos García Mera, *La antropología en México*.

Panorama histórico, que publicara el INAH en 1987 y 1988. Obra colectiva en la que participan 300 autores y representan a la mayor parte de la comunidad antropológica nacional, constituye un esfuerzo original y la cristalización de una preocupación profunda sobre el carácter de la antropología mexicana, su diversidad, su complejidad y su aporte sustancial al conocimiento de nuestra realidad. Culmina en ella un interés militante acerca de la crisis que se vuelca sobre la propia ciencia antropológica y acaba por plantearnos problemáticamente el extenso paisaje de la antropología mexicana.

Los dos primeros volúmenes nos dan, a pesar de lo amplio de ambos, una apretada visión del desarrollo histórico de la antropología. Mientras que la primera etapa corresponde al periodo colonial, difícil de manejar por lo que significa de ambiguo antecedente, y decimos ambiguo por lo complicado que resulta situar una u otra obra, o autor, como prefigurando algo que será la ciencia propiamente dicha; ello involucra el delicado problema de definir las características que marcan su madurez y aparición formal, con lo que tocamos el fondo de uno de los problemas centrales de la historia de la ciencia. El resto del desarrollo histórico se divide en once secciones, cada una manejada por sendo autor con desiguales resultados, como era de esperarse.

“Las cuestiones medulares” es el subtítulo de los dos volúmenes siguientes, y en ellos se reúnen los principales problemas en que se ha centrado la discusión teórica de la comunidad antropológica. Con esto se sientan las bases para iniciar una investigación histórica a partir de la textura interna de sus discusiones teóricas, que de diferentes maneras habrán de insertarse en el contexto social donde se ubican su práctica, sobre todo en aquellas cuestiones que marcan la especificidad de la antropología mexicana.

El volumen quinto se dedica a una caracterización general de las ciencias antropológicas en México y a un balance de la mexicanística extranjera, que nos da una muy importante visión de conjunto de aquellos temas y autores que han trabajado en el país, algunos de los cuales han ejercido notable influencia. Los aspectos técnicos de la investigación son cubiertos en el capítulo sexto; y una visión de los centros de investigación, las escuelas, los museos y los archivos y bibliotecas, es decir del complejo institucional donde se hace la antropología, es el tópico del volumen séptimo. El reconocimiento de las diversas organizaciones (colegios, asociaciones, comisiones y otras⁹ y de la amplitud de revistas especializadas, es el tema del octavo volumen. Los tres siguientes constituyen un conjunto de semblanzas de los antropólogos que han construido la ciencia nacional, ahí encontramos la descripción de las grandes personalidades y de los modestos artesanos de la ciencia, cuya labor conjunta resulta en el amplio edificio contemporáneo. Finalmente los cuatro restantes tomos se dedican a una revisión de los estudios antropológicos por regiones, lo que obliga a más de un autor a realizar verdaderas hazañas para sintetizar tradiciones científicas de intensa actividad o de contribuciones decisivas.

El solo hecho de repasar sus temas y reflexionar sobre los diferentes problemas que plantea esta amplísima historia es una manera de reconsiderar documentadamente la crisis; es una

antropología de la antropología que se convierte en una valiosa contribución al estudio de la crisis, y en un capítulo decisivo en la historia de la ciencia.

Hay que mencionar como aportaciones valiosas y de repercusiones a futuro el ensayo del coordinador acerca de la manera en que llega a plantearse el proyecto de esta vasta obra, el ensayo de Esteban Krotz sobre la teoría de la historiografía antropológica, extraordinariamente sugerente porque por sobre las cuestiones objetivas y abstractas deja un lugar para la historia y para la cultura. Y finalmente el ensayo de Luis Vázquez, un serio intento de realizar una sociología de la práctica antropológica mexicana con una estupenda sustentación teórica y una abierta invitación al pleito que seguramente provocará reacciones encontradas.

Veamos a continuación la diáspora temática como otra forma de enfrentar la crisis y que también habrá de conducirla a resultados contractivos.

Una de las primeras y certeras críticas a la política indigenista y a la investigación en que sustentaba era la ignorancia, o desdén, por la situación de clase en que se encontraba la población indígena. Tanto los planteamientos teóricos como los programas de desarrollo dirigidos a la población india partían de consideraciones culturales; con esto se marcaba una separación que dejaba de lado la base socioeconómica agraria de las comunidades indígenas y las escindía de la problemática campesina nacional. Así, lo que era en realidad una situación crítica de carácter socioeconómico y político, aparecía a los antropólogos como fundamentalmente cultural.

Los sólidos planteamientos de Roger Bartra sobre el desarrollo del campesinado nacional, al que sitúa como un modo de producción mercantil simple, “rezago de formas precapitalistas, crecientemente destruido por el modo de producción dominante” (Zepeda, J. 17), abren una enorme polémica que llena la década de los años setenta a la que se suman sociólogos, economistas y otros antropólogos; frente a esta proposición surge otra corriente teórica, adecuadamente representada por otro antropólogo, Ángel Palerm, y a la que también se suman otros especialistas de las ciencias sociales, que ve al campesinado como constituyendo un modo de producción al que se llama precisamente “campesino”. “Lo anterior estaría necesariamente vinculado al futuro del campesino como sector social. Roger Bartra y los denominados descampesinistas le concibirían como un grupo en proceso de extinción por su creciente proletarización. Por su parte, los llamados campesinitas, verían sujeto a una transformación compleja a través de la cual refuncionalizados por el capital, pero manteniéndose y siendo reproducidos como grupo específico por el propio capital” (Zepeda, *op. cit.*: 17).

Los antropólogos contribuyen no sólo con aportaciones de carácter teórico, como la de Bartra y a la que habría que añadir otras, como la de Luisa Paré, sino también con estudios específicos en los que se reconoce una perspectiva antropológica. “Así, desde fines de los setenta y a todo lo largo de los ochenta –y en *crescendo*- prolifera una buena cantidad de trabajos sobre la migración, el papel de la mujer, la reaparición de nuevos roles, las cambiantes modalidades de reproducción económica y social en diferentes contextos, las modalidades del jornalero. No sugerimos que en este periodo nacen este tipo de estudios (algunos, como la migración, tienen en su saber una

larga tradición); simplemente queremos destacar que adquieren mayor intensidad y una estrecha vinculación con una preocupación más amplia, orientada a comprender mejor a la sociedad rural” (*op. cit.*: 37).

El crecimiento acelerado de las ciudades y las dificultades para ofrecer condiciones mínimas de existencia a una migración insistente y desbordante configuran una de las más notables y evidentes expresiones de la crisis de los años ochenta: la urbana. En ella se inscriben también una buena cantidad de estudios antropológicos y se destaca una contribución original producto de la aplicación de concepciones y métodos específicos a esta práctica científica.

De la misma forma que en caso de los campesinos, aquí se pueden destacar también dos tipos de contribuciones; aquellas de tipo teórico y las de carácter informativo y metodológico. De esta manera, son temas desarrollados por los antropólogos los procesos de proletarización y urbanización, el papel de la mujer en los movimientos urbanos populares, el papel del Estado en los asentamientos populares y las relaciones de poder dentro de las colonias y, en menor medida pero más próximos a la tradición antropológica los relativos a la cultura política y la identidad cultural. Con respecto a la aportación teórica, Jorge Alonso intenta definir una forma de estudio de los problemas urbanos, así como “expone las condiciones estructurales que explican la aparición masiva en los países que, como el nuestro, viven un sistema capitalista subdesarrollado, de procesos y fenómenos tales como la marginación rural urbana, el crecimiento excesivo del ejército industrial de reserva, el déficit de vivienda popular, la aparición de las luchas urbanas y su potencial revolucionario” (Quintal A. Ella F., 1987: 550).

El estudio de los problemas de los obreros ha sido otro de los grandes temas que han adquirido importancia en la antropología mexicana de los años setenta y ochenta; si bien es cierto, como en los temas del campesinado y la problemática urbana, que ya existían antecedentes que se han convertido en estudios clásicos, la configuración como una corriente que va generando sus propias proposiciones, sus temáticas centrales, es un fenómeno relativamente reciente y que consideramos aquí como una respuesta a la crisis.

Los temas abordados por los antropólogos inclinados al estudio de la clase obrera son los relativos al origen social de la clase obrera, con lo que por cierto se empalman con los estudios tradicionales sobre el cambio social y cultural, los efectos locales y regionales del proceso de industrialización, las características de industrias con una fuerte raíz tradicional y artesanal, como la textil y la del vestido, la del calzado y la de la confección. Aunque también existen trabajos sobre áreas modernas, como la de los obreros automotrices, electricistas, los petroleros y los cementeros; otros temas que bordean los ejes tradicionales de la antropología son los de la salud y la enfermedad, así como la familia obrera, aunque son los menos.

“En fin, como se puede ver la bibliografía realizada por antropólogos que aborda de alguna manera a la clase obrera es abundante. Sin embargo nos atrevemos a afirmar que aún no constituye, dentro de nuestra disciplina, una tradición de estudio aunque el mero desarrollo industrial del país y el surgimiento de un numeroso contingente obrero exigen que así ya lo fuera. Las razones de estos

son varias. La mayoría parte de los trabajos citados constituyen tesis de licenciatura y maestría en antropología social y este hecho es muy revelador. En estas tesis, además de la iniciativa, el empuje individual y la posición política de los autores, podemos rastrear, la tarea formativa que han proporcionado las diferentes instituciones educativas en antropología social y etnología” (Nieto, R. 162). Más que una exigencia profesional o del mercado laboral, lo que ha incidido en el surgimiento de estas áreas de investigación ha sido una marcada sensibilización a aquellas situaciones sociales en las que se ha manifestado la crisis, lo que ha sido llevado al aula y materializado en investigaciones de base fundamentalmente académica.

4. Viejos problemas, nuevas perspectivas

Resulta de considerable significación el que esta diáspora temática y teórica de la antropología haya redundando en notables contribuciones a diferentes campos de las ciencias sociales, o bien han aportado una perspectiva que ha enriquecido el conocimiento y tratamiento de problemas de nuestra realidad social. Sin embargo, apenas si se comienzan a recuperar los viejos problemas luego de estas fructíferas incursiones, pero la teorización antropológica está la ausencia de la discusión étnica en relación al campesinado; y no digamos el estrictamente mestizo, sino sobre todo el sector indígena. Ahora sabemos más de las clases sociales en el campo, o por lo menos tenemos una excelente base teórica y conceptual, que de las particularidades étnicas que se entrelazan con ellas o que se oponen a la cristalización de una conciencia de clase. En los estudios sobre los movimientos y la problemática urbanos poco es lo que conocemos sobre su composición étnica, o sobre lo que su presencia ha impactado en una ruralización de la cultura de los barrios y colonias de reciente formación, y tal vez todavía menos de la naturaleza de los nexos, y de su mutua influencia, entre barrios de composición indígena y los pueblos de origen. Asimismo, todavía está por estudiarse lo que caracterizaría a una cultura obrera, o el comportamiento de obreros de origen indígena en las diferentes organizaciones sindicales, sobre todo cuando la actividad laboral se sitúa en un medio dominado por las comunidades indígenas, como es el caso de las exploraciones petroleras, por ejemplo.

La crisis ha tenido, finalmente implicaciones negativas y positivas para la antropología en México; la reacción más creativa ha sido aquella que ha canalizado las preocupaciones hacia caminos nuevos de la reflexión teórica y de la investigación empírica. Las cuestiones negativas de la crisis tienen que ver fundamentalmente con la situación difícil de la educación superior y de la investigación científica en el país, es decir, no son propias de la antropología, aunque pareciera que las padece en mayor medida por no estar en la línea prioritaria de las instituciones responsables del financiamiento de la investigación científica.

No obstante que ahora encontramos una mayor diversidad institucional, relativa tanto a la docencia como a la investigación, y una temática de gran variedad, que la existente en la coyuntura crítica que sugiera al movimiento de 1968, la añeja preocupación en torno a la cual se construye la

antropología mexicana: la de la identidad nacional, la del papel que juega la cultura y la población india en su caracterización, la de la construcción de una cultura nacional en las condiciones nuevas de la crisis, de la actual composición demográfica nacional, sigue en pie. Una vez criticado y denunciado el viejo provincialismo y el carácter conservador del nacionalismo estatal, los viejos temas de reflexión adquieren una nueva significación, tanto por las aportaciones del desarrollo en las nuevas áreas que amplían la visión antropológica, como por el tono radical que en el contexto político actual significa preguntarse por la verdadera cultura nacional.

Bibliografía

Aguirre Beltrán, Gonzalo, *El proceso de aculturación y el cambio sociocultural en México*, México, Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, UNAM, 1957

Comas, Juan, *La antropología social aplicada en México*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1964.

García Mora, Carlos y Andrés Medina (compiladores), *La quiebra política de la antropología social en México. II. La polarización*, México, UNAM, 1986.

García Mora, Carlos (coordinador), *La antropología en México. Panorama histórico*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1987-1988, 15 volúmenes.

Krotz, Esteban, "Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica", *La antropología en México. I*, Menisco, INAH, 1987, pp. 113-138.

Lameiras, José, "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo", en *Ciencias sociales en México: desarrollo y perspectiva*, pp. 107-180, México, El Colegio de México, 1979.

Lévis-Strauss, Claude, *Tristes tropiques*, París, Plon, 1955.

Manners, Robert A., « Functionalism, Realpolitik and Anthropology in Underdeveloped Areas, *América Indígena*, volumen 16, no. 1, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1956.

Medina, Andrés, "Juan Comas como historiador de la ciencia", *In Memoriam: Juan Comas Camps*, pp. 29-35, México, UNAM, 1980.

Medina, Andrés, "Diez años decisivos", en A. y C. García Mora, *La quiebra política de la antropología social en México. I. la impugnación*, pp. 27-78, México, UNAM, 1983,

Nieto Calleja, Raúl, "Algunas consideraciones sobre antropología y clase obrera en México", en Nolasco, M. (comp.), *La antropología y sus sujetos de estudio*, pp. 157-175, México, CIESAS, 1984 (Cuadernos de la Casa Chata: 107).

Quintal Aviles, Ella Fanny, "los movimientos sociales urbanos", en *La antropología en México. 4. Las cuestiones medulares*, pp. 543-562, México, INAH, 1988.

Suárez Cortés, Blanca Estela, "Las interpretaciones positivas del pasado y el presente (1880-1910)", *La antropología en México*, 2:13-88, México, INAH, 1987.

Vázquez León, Luis, "La historiografía antropológica contemporánea en México", *La antropología en México*, 1:139-212, México, INAH, 1987.

Wolf, Eric, R., *Anthropology*, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1964.

Zepeda Patterson, Jorge, "Los estudios sobre el campo en México", en *Las sociedades rurales hoy*, pp. 15-47, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.